

Cómo predecir a algunas personas en algunas ocasiones: la búsqueda de consistencias transituacionales en la conducta (*)

Daryl J. Bem y Andrea Allen

Universidad de Stanford

Traducción: Susana del Viso

Resumen

La controversia, históricamente repetida, sobre la existencia de consistencias transituacionales en la conducta se mantiene debido a la discrepancia entre nuestras intuiciones, que afirman su existencia, y la investigación, que la niega. Se argumenta que los supuestos nomotéticos del paradigma tradicional de investigación son incorrectos y que, adoptando algunos de los supuestos indiográficos empleados en nuestras intuiciones, se pueden obtener mayores coeficientes de correlación transituacionales. Se presenta un estudio que muestra que es posible identificar a priori a los individuos que serán consistentes transituacionalmente y aquellos que no lo serán, y se concluye que la evaluación de la personalidad debe atender no sólo a las situaciones —como recientemente se ha insistido— sino también a las personas.

Nuestra persistente creencia en los rasgos de personalidad, el supuesto de que existen sólidas consistencias transituacionales en la conducta de un individuo es literalmente una de nuestras más antiguas convicciones:

La penuria es la economía llevada más allá de toda medida. El hombre miserable es aquel que va a ver a su deudor para pedirle los intereses antes de fin de mes. En una comida en que se dividen los gastos, este hombre cuenta el número de vasos que bebe cada persona, y hace una pequeña libación a Artemisa... Si su esposa pierde una moneda, él retira los armarios, camas, baúles y revuelve toda la casa... El hombre miserable lleva el pelo corto y no se pone los zapatos hasta el mediodía; y, cuando lleva su manto al batanero, le insta a que lo llene de tierra para que en lo sucesivo no se ensucie tan pronto [Theophrastus (372-287 a. C.), tomado de Allport, 1937, pág. 57].

Si esta histórica muestra de teoría de la

(*) Con permiso de los autores y del editor. Tomado de *Psychological Review*, 1974, vol. 81, núm. 6, p.p. 506-520.

Copyright (1974) by the American Psychological Association. Reprinted by permission.

personalidad tiene un correlato en nuestros días, se debe en parte a que el mismo supuesto subyacente de la consistencia transituacional está aún en la mente de todos. Este supuesto queda patente en las teorías de la Personalidad del tipo y del rasgo, pero en todas las formulaciones contemporáneas se puede distinguir alguna variante suya. Incluso las teorías psicodinámicas, que son adecuadas únicamente para las inconsistencias fenotípicas de la conducta, lo son precisamente porque postulan una consistencia genotípica subyacente en la personalidad, la cual explica las aparentes contradicciones. Nuestras intuiciones son muy persuasivas. Para ellas, el supuesto de la consistencia transituacional es prácticamente sinónimo del concepto mismo de personalidad. Existen algunas otras creencias acerca de la conducta humana que son evidentes por sí mismas.

Pero, como muchos otros, el supuesto de la consistencia no tuvo éxito durante los años de la depresión, cuando tres estudios distintos, pero con metodología similar, comenzaron a suscitar serias dudas acerca de la validez del supuesto. El primero y más conocido es la discusión extraída de los extensos volúmenes *Studies in the Nature of Character* de Hartshorne y May (1928, 1929; Hartshorne, May y Shuttleworth, 1930), quienes encontraron una consistencia tan pequeña entre diversas medidas del «carácter moral» en un grupo de niños, que concluyeron que rasgos tales como el engaño, la ayuda a los demás, el cooperativismo, la persistencia y el autocontrol son «grupos de hábitos específicos más que rasgos generales». En relación con los resultados que aparecen en multitud de estudios posteriores sobre rasgos de personalidad, Hartshorne y May informan que la correlación media entre los 23 test utilizados para construir una «escala total del carácter» fue de un modesto + .30.

Durante los mismos años de la investi-

gación de Hartshorne y May, Theodore Newcomb (1929) publicó un estudio sobre extraversion-introversión menos conocido, aunque igualmente inquietante, que intentaba comprobar explícitamente el supuesto de la consistencia. Newcomb obtuvo diariamente registros conductuales de 51 niños en un campamento de verano durante algunas semanas, registrando conductas en 30 situaciones diferentes. Las conductas se organizaron conceptualmente en 10 rasgos distintos (p. ej., locuacidad vs. carácter taciturno, ascendencia vs. sumisión, etc.) que juntos definen los dos tipos de personalidad de extravertido e introvertido.

A nivel de conductas específicas, Newcomb encontró una consistencia escasa o nula entre una situación y otra. A nivel de consistencia de rasgos, las correlaciones entre las conductas que componen un rasgo dado oscilan en torno al .14, correlación casi idéntica a la que se obtendría en una muestra de conductas seleccionadas al azar. Finalmente, se encontró únicamente una ligera tendencia de los rasgos a relacionarse unos con otros en el sentido esperado según la clasificación de extravertido-introvertido.

El tercer estudio es en algunos aspectos el más contundente de todos, dado que investigó la puntualidad, rasgo que podría concebirse como mucho más homogéneo que el «carácter moral» o la extraversion-introversión. En este estudio, Dudycha (1936) llevó a cabo 15.360 observaciones en unos 300 estudiantes de secundaria, registrando la hora de llegada de cada estudiante a las clases de las 8 de la mañana, actos diversos, citas, actividades extraescolares y diversiones. La correlación transituacional media se acercaba a + .19, siendo la correlación más alta —entre puntualidad a las diversiones y a los actos ordinarios— casi de .44.

Estos tres estudios son prácticamente los únicos en que los investigadores han observado la conducta en vivo a través de

varias situaciones, sistema de trabajo prácticamente desconocido en la literatura de hoy sobre este tema. Mientras tanto, los intentos teóricos de predecir la conducta a partir de una concepción de la personalidad basada en el rasgo no prosperaban, llevando a Lehmann y Witty (1934) a elaborar una revisión de artículos en la que concluyen: «repetidamente observamos que una batería de tests diseñada para medir rasgos tales como persistencia, agresividad, honestidad, etc. proporciona resultados tan poco fiables e independientes... que llevan a cuestionarse la existencia real de los rasgos (p. 490)».

Al mismo tiempo que la creencia en la consistencia transituacional sufría estos «golpes» empíricos, al conductismo tipo E-R proporcionaba el argumento teórico para la creencia opuesta en la especificidad situacional de la conducta. y con psicólogos como Gordon Allport (1937) y Ross Stagner (1937), inclinados a defender concepciones de personalidad basadas en una modificación del concepto de rasgo, la controversia se mantuvo viva durante casi una década, hasta su desaparición justamente antes de la II Guerra Mundial (Sanford, 1970).

Todo esto hace que uno sienta el carácter de «dèjà vu» que parece estar afectando a los estamentos más antiguos de la Psicología, ahora que el «problema de la consistencia» ha sido retomado repentinamente (p. ej., Alker, 1972; Allport, 1966; Argyle y Little, 1972; Averill, 1973; D. Bem, 1972; Bowers, 1973; Campus, 1974; Endler, 1973a, 1973b; Endler y

Hunt, 1968; Harré y Secord, 1972; Mischel, 1968, 1969, 1973a, 1973b; Moos, 1969; Peterson, 1968; Stagner, 1973; Vale y Vale, 1969; Vernon, 1964; Wachtel, 1973; Wallach y Leggett, 1972).

La figura central en este área de debate parece ser Walter Mischel (1968) quien, tras revisar las investigaciones tanto pasadas como actuales, concluyó que la utilidad predictiva de un enfoque de la Personalidad basado en el rasgo permanece aún sin demostrar y que la especificidad situacional de la conducta parece ser la regla más que la excepción. Aunque otros autores contemporáneos han apuntado conclusiones similares (p. ej., Peterson, 1968; Vernon, 1964), Mischel es quien ha provocado la mayor controversia, argumentando que el techo de +.30 observado normalmente en los coeficientes de correlación transituacionales refleja probablemente la variabilidad conductual real más que una metodología imperfecta. Dado que esto constituye un reto conceptual, de nuevo la controversia está llenando páginas y páginas de publicaciones tras un lapso de 30 años.

El dilema que está a la base de esta controversia y que da cuenta de su larga estancia entre nosotros aún permanece sin resolver: la gran discrepancia entre la intuición, que nos dice que los individuos muestran de hecho cierta consistencia transituacional en su conducta, y la amplia literatura empírica, que nos indica lo contrario. ¿De qué fiarnos, de la intuición o de la investigación? Una de las dos debe ser errónea.

ERRORES DE LA INTUICION Y LA FALACIA NOMOTETICA DEL PARADIGMA DE INVESTIGACION

Existen muchas razones de peso para creer que la equivocada es nuestra intuición (Jones y Nisbett, 1971; Mischel, 1968). Por ejemplo, en primer lugar, sostenemos «teorías implícitas de la personalidad», nociones preconcebidas de qué

rasgos y conductas acompañan a qué otros rasgos y conductas. (Ver Schneider, 1973, para una revisión reciente). Esto nos lleva no sólo a generalizar más allá de nuestras observaciones y rellenar los datos que faltan con datos «consistentes» de

nuestra propia cosecha (p. ej., Passini y Norman, 1966), sino también a «ver» correlaciones positivas que de hecho no existen (p. ej., Chapman y Chapman, 1969; Newcomb, 1929). Más aún, estamos predispuestos hacia los efectos de «primacía» (p. ej., Jones y Goethals, 1971); una vez que nos hemos formado una impresión inicial de una persona, percibiremos cualquier información inconsistente acerca de ella como más consistente de lo que es en realidad, asimilándola a nuestro juicio inicial.

En segundo lugar, las investigaciones recientes en el marco de la Teoría de la Atribución (Jones y Davis, 1965; Jones y Harris, 1967; Jones y Nisbett, 1971; Kelley, 1967) han demostrado que tendemos a sobrestimar el grado en que la conducta está causada por los rasgos del individuo y a subestimar la medida en que es función de factores externos. Por lo tanto, estamos predispuestos a generalizar acerca de una conducta de un individuo extrapolándola a otras disposiciones de respuesta no observadas, en las cuales las fuerzas situacionales podrían ser diferentes.

En tercer lugar, el conjunto de situaciones en que observamos a la mayor parte de los individuos es probablemente más limitado de lo que nos parece, tanto en extensión como en representatividad. Por ejemplo, nuestra propia presencia puede evocar frecuentemente un modo consistente de responder en otra persona (Kelley y Stahelski, 1970). De acuerdo con ello, somos excluidos sistemáticamente de la observación de un gran número de situaciones, en las cuales es probable que las conductas de nuestros conocidos sean más variables de lo que lo son en las situaciones en las que las observamos.

En cuarto lugar, probablemente interpretamos equivocadamente o sobregeneralizamos algunas de las consistencias que de hecho se dan. Por ejemplo, la revisión de Mischel (1968) revela que la evi-

dencia de una consistencia temporal en la conducta es, a menudo, bastante considerable; con frecuencia, la conducta de un individuo es consistente de una ocasión a otra si las situaciones son similares. Nuestra intuición bien puede pasar de esta consistencia temporal demostrable a una consistencia transituacional injustificada. Es más, algunas características de la conducta, tales como la capacidad intelectual, los estilos cognitivos, las conductas expresivas e incluso la simple apariencia física muestran consistencia transituacional. Dado que estas conductas o indicaciones sirven para asegurar nuestras inferencias sobre otros aspectos de la conducta —por vía de nuestras teorías implícitas de la personalidad— de nuevo, sobregeneralizaremos el grado de consistencia transituacional realmente existente.

Finalmente, nuestro mismo lenguaje nos incita a pensar en la conducta humana en términos de rasgos. Como informan Allport y Odbert (1936), existen en nuestro lenguaje alrededor de 18.000 términos para designar rasgos, cerca del 5 % del léxico total. Sin embargo, tenemos un vocabulario empobrecido y torpe para clasificar situaciones.

Estas no son más que una muestra de las razones que existen para pensar que la intuición está equivocada y la investigación va por el camino correcto en el problema de la consistencia transituacional. Sin embargo, nosotros no pensamos así. A pesar del gran impacto de estos argumentos, aún creemos que la intuición refleja la realidad más fielmente que la investigación. En concreto, creemos que se comete un error básico al hacer inferencias sobre la consistencia transituacional a partir de la literatura tradicional sobre la investigación en Personalidad; error que fue identificado hace aproximadamente 40 años por Gordon Allport (1937). La falacia estriba en el hecho de que esta tradición de investigación concede mayor importancia a los supuestos no-

motéticos que a los idiográficos en relación con la naturaleza de las diferencias individuales. Así, casi toda la investigación se basa en alguna variante del supuesto nomotético de que una dimensión particular de un rasgo o un conjunto de dimensiones es universalmente aplicable a todas las personas, y que las diferencias individuales hay que identificarlas con posiciones diferentes en tales dimensiones. Por ejemplo, el estudio de Hartshorne y May (1928) afirma que la dimensión honestidad-deshonestidad podría utilizarse para caracterizar a todos los niños de la muestra, y que las diferencias entre los niños podrían ser especificadas en términos del *grado* de honestidad. Se puede encontrar una versión más elaborada del mismo supuesto nomotético en las formulaciones factorialistas, que asumen la existencia de un factor universal como estructura de la personalidad y que las diferencias individuales van a quedar especificadas por diferentes puntos en el espacio n del factor.

En contraposición, el punto de vista idiográfico de Allport hace hincapié en que los individuos se diferencian no sólo en la manera en que los rasgos se relacionan unos con otros según cada persona, sino también en los rasgos que son relevantes. Comentando el hallazgo de Hartshorne y May de que las conductas de mentir y engañar prácticamente no correlacionan ($r = .13$), Allport observó que un niño puede mentir porque tiene miedo a herir los sentimientos del profesor, en tanto que otro puede robar algunas monedas para comprar la aceptación social de sus compañeros. Las conductas de mentir y engañar no constituyen, para ninguno de estos dos niños, ítems de una escala denominada «honestidad», concepto que existe en la mente del investigador, no en la conducta de los niños. Según esto, las bajas correlaciones «sólo demuestran que los niños no son consistentes *del mismo modo*, no que sean in-

consistentes *consigo mismos* (1937, p. 250)». En otras palabras, la investigación llegará a la conclusión de que una muestra de individuos es inconsistente en la medida en que sus conductas no se incluyan en la clase de equivalencia que el investigador impone con su selección de conductas y situaciones.

Pero aún hay más. Incluso si toda una muestra de individuos coincide con el investigador en clasificar las conductas dentro de la misma clase de equivalencia, existe una condición aún más estricta impuesta por el paradigma tradicional de investigación: la escalabilidad¹. Es decir, la muestra de individuos tiene que ordenar los «niveles de dificultad» de las conductas de la misma manera.

Consideremos, por ejemplo, la «cordialidad» de la segunda autora. En su despacho se muestra muy cordial con los estudiantes, moderadamente cordial en un pequeño seminario, y algo reservada ante una gran clase. Si aceptamos que todas estas conductas pertenecen a una clase de equivalencia común denominada «cordialidad», será juzgada como medianamente cordial en este rasgo. «Supera» el ítem «fácil», tiene cierta dificultad en el ítem «superior» y «fracasa» en el ítem «más difícil». Obsérvese que no la juzgamos más inconsistente de lo que juzgaríamos a un estudiante que resuelve un problema de sumar, pero falla en un ítem de cálculo. No lo hacemos porque su conducta se ajusta a nuestra ordenación previa de los ítems según sus niveles de dificultad: sus «escalas» de conducta en el sentido de Guttman (Scott, 1968; Stouffer, Guttman, Suchman, Lazarsfeld, Star y Clausen, 1950).

Pero consideramos ahora la «cordialidad» del primer autor. Este también supera un ítem y fracasa en otro. Es bastante formal con los estudiantes que acuden a su despacho, moderadamente cordial en los seminarios, y abierto, personal y amis-

toso ante un mar de 300 rostros en una clase de Introducción a la Psicología. De alguna manera, su conducta parece imposible de describir en términos de la misma dimensión subyacente. En lugar de «moderadamente cordial» parece más bien «muy inconsistente». A causa de ello, sus conductas no se ajustan a la escala de Guttman que hemos impuesto a priori en esta clase de equivalencia de conductas. Supera los ítems difíciles, pero fracasa en los fáciles.

Reconsideremos ahora el estudio tradicional en la investigación, en el que se evalúa a una muestra de individuos en algún rasgo determinado a través de dos o más situaciones. Dado que los individuos de la muestra ordenan las conductas en la escala de forma diferente unos de otros —como lo hicieron el primer y el segundo autor con la «cordialidad»—, sus ordenaciones relativas variarán de una situación a otra. La segunda autora puntuará en primer lugar en cordialidad en la situación de despacho; en cambio, el primer autor puntuará primero en la situación de una gran clase. Bajo tales circunstancias los coeficientes de correlación transituacionales se acercarán a cero. Las correlaciones transituacionales serán altas sólo si todos los individuos de la muestra ordenan las conductas del mismo modo.

En suma, pues, el estudio típico de la investigación tradicional basada en el rasgo presentará consistencia transituacional sólo si los individuos de la muestra coinciden con las demandas previas del investigador de que las conductas y situaciones muestreadas pertenezcan a una clase de equivalencia común, y sólo si los sujetos están de acuerdo entre sí sobre cómo ordenar dichas conductas y situaciones. Así queda clara la falacia hacia la que Gordon Allport llamó la atención. La tradicional declaración de inconsistencia no es en modo alguno una inferencia sobre los individuos, sino una afirmación sobre un desacuerdo entre un investigador y un grupo

de sujetos y/o un desacuerdo entre los individuos del grupo. Esta falacia es consecuencia directa de los supuestos nomotéticos tradicionales sobre las diferencias individuales. (Ver argumentos en esta línea en Baldwin, 1946 y McClelland, 1951).

En contraposición a la investigación empírica, nuestras intuiciones operan con supuestos idiográficos más que nomotéticos. Cuando nos piden que caractericemos a un amigo, no apelamos a un conjunto de dimensiones fijadas a priori y aplicables a todos los individuos, sino que, más bien, seleccionamos un pequeño subconjunto de rasgos que nos parece pertinente y desechamos los otros 17.993 términos de rasgos que existen en el léxico. Es más, intentamos componer descripciones de rasgos que se ajusten a la propia división que el individuo haga de las clases de equivalencia. Si Juan siempre hace sus tareas académicas temprano, es meticuloso con su apariencia personal y es siempre puntual, es posible que lo describamos como concienzudo o minucioso. Sin embargo, si está siempre pendiente del trabajo escolar, pero es negligente en las otras áreas mencionadas, podríamos muy bien describirlo como un estudiante con total dedicación, pero con poco tiempo para otras cosas. El punto central es que no es probable que lo caractericemos como una persona inconsistentemente minuciosa o concienzuda. Es decir, no imponemos un rasgo (p. ej., concienzudo) y después lo modificamos describiendo los casos que no estén incluidos en esa clase de equivalencia, sino que intentamos en primer lugar organizar sus conductas en conjuntos racionales y, sólo entonces, las etiquetamos.

Además, somos de algún modo susceptibles al criterio del escalamiento. Describiremos a la segunda autora como moderadamente cordial más que como inconsistente porque conocemos la escala de Guttman subyacente a la que se ajusta su conducta. Pero cuando se trata del primer

autor, cuya conducta no se ordena según la dimensión de «cordialidad», intentamos una repartición de sus conductas antes de aceptar un veredicto de inconsistencia. Así el primer autor es quizá un sujeto moderadamente distante que se ajusta bien a su rol. Esto es, intentamos elaborar un nuevo conjunto de clases de equivalencia que «captan» mejor la personalidad del individuo. Observemos también que este proceso intuitivo pone fin automáticamente al problema de la especificidad situacional, incluyendo en una misma clase de equivalencia sólo aquellas conductas y situaciones que se adaptan al individuo, excluyendo a priori las conductas y situaciones que no proceden. La descripción del rasgo queda así fraccionada, expandida, contraída y modificada hasta que se logre una vía mejor, de ma-

yor generalidad y parsimonia. Sólo cuando no conseguimos descubrir un conjunto de clases de equivalencia ordenadas racionalmente que se ajusten a la conducta del individuo, emitimos finalmente un juicio de «inconsistencia». Esta es la esencia del enfoque idiográfico en Personalidad.

No negamos las bien documentadas tendencias e ilusiones que llenan nuestra intuición, ni afirmamos que los procedimientos idiográficos más formalizados utilizados por los clínicos obtienen mejores resultados que los nomotéticos en términos de utilidad predictiva; sabemos que no es así (Mischel, 1968). Pero, en términos de la lógica subyacente y de la adecuación a la realidad, creemos que nuestras intuiciones son correctas, y la investigación, errónea.

LA EVALUACION IDIOGRAFICA Y LA CIENCIA NOMOTETICA

Concluir que el enfoque idiográfico representa el camino correcto ha tenido tradicionalmente el problema de que nunca sabe uno qué hacer a continuación. Si se acepta que la meta de la Psicología es la elaboración de principios nomotéticos generales, el enfoque idiográfico parece una vía científica muerta, una capitulación al punto de vista del hombre de la calle de que una ciencia de la Psicología es imposible porque «cada persona es diferente de todas las demás». Este pesimismo es el que parece responsable del hecho de que el respeto y la admiración hacia Gordon Allport nunca se hayan traducido en programas de investigación basados en su concepción de la personalidad (Sanford, 1970). Curiosamente el conductismo ha renunciado al estudio de las diferencias en personalidad probablemente por la misma razón. Dado que el repertorio conductual de un individuo refleja fielmente la idiosincrasia de su propia historia de re-

fuerzos, no parece empresa prometedora el buscar alguna base nomotética racional de la organización de la personalidad. Como Mischel señaló (Mischel, 1968) —aunque no de forma pesimista— el enfoque de la teoría de la conducta social no

etiqueta al individuo con rasgos generales y estereotipos... La evaluación conductual implica una exploración de los aspectos particulares o idiográficos del caso único, quizás en mayor medida que cualquier otro enfoque. La teoría de la conducta social reconoce la individualidad de cada persona y de cada situación única (p. 190).

Pero este impasse no constituye una dificultad insuperable. El uso de procedimientos idiográficos de evaluación no pareció impedir que Freud formulase principios nomotéticos de organización de la personalidad. De modo similar, aunque más modestamente, Mischel (1973b) pro-

puso recientemente un conjunto de principios nomotéticos dentro del marco de los supuestos idiográficos de la teoría de la conducta social. Un tercer ejemplo lo encontramos en la psicología de los constructos personales de George Kelly (1955) y su instrumento de evaluación idiográfica, el Test de Repertorio de Roles. De hecho, el enfoque de Kelly es el que mejor ejemplifica la idea que subyace a los argumentos expuestos. Kelly permite al individuo generar sus propios rasgos («constructos») para caracterizarse a sí mismo y a su entorno social, y determinar qué conductas y situaciones van a incluir dichos rasgos, es decir, determinar lo que Kelly denominó el «rango de conveniencia» del constructo para el individuo. Obsérvese que este enfoque podría revelar, por ejemplo, que un individuo que se ve a sí mismo como extremadamente concienzudo podría no considerar su actitud hacia la higiene personal como pertinente a ese rasgo. El hecho de que, para el investigador, el concepto «minuciosidad» pueda incluir la higiene personal, no es relevante aquí.

El aspecto fundamental en todo esto es, simplemente, que no existe un conflicto inherente entre un enfoque idiográfico de la evaluación y una ciencia nomotética de la personalidad, tanto si se opta por una orientación psicoanalítica, como si se adopta el punto de vista del aprendizaje social, o una sistematización de la teoría del rasgo del hombre de la calle.

Es evidente, sin embargo, que la evaluación idiográfica sólo permite predecir ciertas conductas en ciertas situaciones y para ciertas personas, pero eso es todo. En consecuencia, aparece un conflicto si el investigador se niega a renunciar a la facultad de decidir qué conductas de qué personas y en qué situaciones se van a estudiar; la lógica de la evaluación idiográfica requiere que se ceda esta facultad al propio individuo, en tanto que el objetivo

del investigador puede requerir que estas decisiones sean parámetros fijos.

Consideremos por ejemplo al investigador que pretende estudiar la necesidad de logro en un grupo concreto de una población concreta. No importa cuán persuasivos puedan resultarle nuestros argumentos sobre las ventajas de la evaluación idiográfica, simplemente no está interesado en estudiar un conjunto diferente de variables de personalidad en cada individuo. Por otro lado, nuestros argumentos implican que la necesidad de logro puede ser un rasgo que no caracterice a muchos de los individuos de la muestra. Como señalan sus bajos coeficientes de validez, dichos individuos aportarán sólo «ruido» a la investigación. El dilema es real. Si nuestros argumentos son sensatos, sencillamente no podemos hacer nada mejor que predecir a algunas personas en algunas ocasiones. Es un hecho idiográfico de la vida.

Nuestro consejo a dicho investigador es el siguiente: que encuentre a tales personas, que separe a los individuos que son consistentes en un rasgo a través de distintas situaciones y que elimine al resto porque, por definición, sólo la conducta de los individuos consistentes puede ser significativamente caracterizada por el constructo del investigador; sólo las conductas de estos individuos podrán ser incluidas en la clase de equivalencia que se esté investigando. Quizás una metáfora estadística puede hacer que esta propuesta parezca menos ilógica: A no ser que la varianza de un individuo en un rasgo concreto sea pequeña, no tiene sentido atribuirle significación psicológica a la media que obtenga en dicha dimensión.

Nosotros mantenemos que esta inclinación simbólica hacia una evaluación idiográfica también tiene sus recompensas. En primer lugar, se puede obtener un valioso conocimiento sobre el rasgo mismo: podría ser útil (a la vez que modesto)

descubrir por qué y cómo muchos individuos no responden a la división del mundo que hace el investigador en base a la clase de equivalencia que haya elegido en su investigación. Pero aún más, creemos

que las recompensas por este pequeño compromiso idiográfico pueden traducirse en algo muy estimado por nosotros: ¡mayores coeficientes de correlación! La siguiente demostración ilustra este punto.

EVALUACION A PRIORI DE LA CONSISTENCIA TRANSITUACIONAL

Nuestro propósito en el presente estudio fue probar si es posible, sobre la base del autoinforme, dividir a los individuos en aquellos que son consistentes transituacionalmente en un rasgo concreto y los que no lo son. Nuestra hipótesis es muy clara: los individuos que se identifican a sí mismos como consistentes en un rasgo dado serán de hecho más consistentes transituacionalmente que los que se definen como altamente variables. En términos de población, los coeficientes de correlación transituacionales del grupo de baja variabilidad en el autoinforme serán significativamente mayores que los coeficientes del grupo de alta variabilidad. Para añadir mayor seguridad al estudio, probamos dos veces esta hipótesis en la misma población de sujetos, utilizando dos rasgos de personalidad ortogonales: cordialidad y minuciosidad.

Método

Como parte de un cuestionario denominado *Cross-Situation Behavior Survey* (CSBS), se pidió a todos los estudiantes del curso introductorio de Psicología de Stanford que se evaluaran a sí mismos en varios rasgos dimensionales, incluyendo cordialidad y minuciosidad. En cada dimensión se pedía al sujeto que estimara su nivel general y su variabilidad. Por ejemplo, en la dimensión de cordialidad, se preguntaba: «En general, ¿cuán cordial y abierto es Vd.?» y «¿Cuánto varía Vd. de una situación a otra en relación a lo cordial y abierto que es Vd.?» Se hacían preguntas paralelas acerca de minuciosidad y

otros rasgos. Las respuestas se obtenían en una escala de siete puntos, que iba desde «en absoluto» hasta «extremadamente». Nótese que estas preguntas permiten al individuo emplear su propio concepto del rasgo, estimar todas las situaciones que encuentra relevantes e ignorar las irrelevantes. Por lo tanto, estas autoevaluaciones globales tendrán éxito a la hora de predecir la conducta sólo en el caso de que la definición que hace el individuo de un rasgo dimensional coincida con la definición que necesariamente imponemos con nuestra selección de situaciones.

Utilizando la misma escala de respuesta de siete puntos, obtuvimos también las autoevaluaciones de cada individuo en ítems específicos conducta-situación para cada rasgo. Por ejemplo, el CSBS incluía una escala de 24 ítems que evaluaba el rasgo de cordialidad en situaciones específicas (p. ej., «Cuando está Vd. en unos grandes almacenes, ¿qué probabilidad hay de que Vd. entable conversación con un dependiente?») y una escala de minuciosidad de 23 ítems (p. ej., «¿Con qué cuidado repasa Vd. sus trabajos de clase antes de entregarlos?»).

Así, si puede considerarse que las evaluaciones globales reflejan las propias definiciones que los individuos hacen del rasgo, puede entenderse que estas escalas del CSBS reflejan la concepción que tiene el investigador acerca de estas dimensiones. La fiabilidad (coeficiente alfa) de las dos escalas fue de .91 y de .84 para cordialidad y minuciosidad respectiva-

mente, siendo la correlación entre ambas de +.13.

Evaluación transituacional. De entre los estudiantes del curso introductorio de Psicología, elegimos como sujetos a 32 varones y 32 mujeres. Además de la sesión inicial de prueba, en la que participaron todos los estudiantes del curso, observamos a los sujetos en tres ocasiones diferentes; además, nos dieron permiso para obtener las evaluaciones que sobre ellos hacían sus padres, y otra evaluación de sus compañeros, casi siempre de un compañero de habitación. De estas sesiones, se extrajeron las siguientes seis variables de cordialidad y siete de minuciosidad.

Cordialidad: (1) *Autoinforme*; (2) *Informe de la Madre*; (3) *Informe del Padre*; (4) *Informe del Compañero*: Cada uno de estos cuatro jueces nos proporcionó una evaluación independiente de la cordialidad del individuo, estimada a partir del ítem global de cordialidad y de la escala de 24 ítems de cordialidad del CSBS. Para cada juicio, se combinaron estas dos medidas en una sola puntuación. (5) *Discusión de Grupo*: Se observó a cada individuo durante su participación en una discusión de grupo con otros tres sujetos del mismo sexo. La medida de cordialidad de cada individuo dentro del grupo se obtuvo a partir de la frecuencia y duración de sus verbalizaciones y de la discusión y evaluación posteriores del grupo sobre la cordialidad del individuo en cuestión. (6) *Cordialidad Espontánea*: Se observó a cada individuo mientras se hallaba esperando en una sala en la que también se encontraba un compinche experimental; la medida de la cordialidad espontánea se obtuvo a partir de la «latencia» del sujeto para iniciar una conversación.

Minuciosidad: (1) *Autoinforme*; (2) *Informe de la Madre*; (3) *Informe del Padre*; (4) *Informe del Compañero*: Como ocurría en cordialidad, cada uno de estos cuatro jueces proporcionó una eva-

luación independiente de la minuciosidad del individuo, estimada a partir del ítem global de minuciosidad y de la escala de 23 ítems de minuciosidad del CSBS. (5) *Evaluación de las Devoluciones*: Durante el trimestre, cada individuo recibió por correo cuatro formularios que formaban parte de una evaluación de la marcha del curso. Cada cuestionario pedía que evaluara uno de los temas del programa y que lo devolviera de forma anónima antes del trimestre siguiente. (Los cuestionarios de nuestros sujetos estaban codificados numéricamente). Las medidas de puntualidad a la hora de devolver cada uno de los cuatro cuestionarios se registraron en un índice. (6) *Lecturas de Curso*: Cada uno de los formularios descritos anteriormente pedía al individuo que evaluara las lecturas de curso que hubiese podido completar hasta la fecha, proporcionándonos cuatro informes distintos de su minuciosidad en el trabajo escolar. (7) *Limpieza*: Tres jueces distintos evaluaron la limpieza y pulcritud del pelo y la ropa de cada sujeto en dos ocasiones diferentes, así como también se evaluaron sus habitaciones en nueve aspectos de limpieza durante una visita sorpresa que tuvo lugar en la última semana del trimestre. Todas estas observaciones se registraron en una escala de limpieza general.

Por último, debemos advertir que los observadores y los ayudantes experimentales desconocían las puntuaciones de los sujetos en los diversos rasgos, y que ningún observador hizo más de una observación del mismo individuo en cada rasgo.

Resultados

El primer paso en el análisis de los resultados fue clasificar a priori a cada individuo como de baja o alta variabilidad, pero sin confundir este juicio con su posición real en el continuo del rasgo. De este modo, para cada rasgo, un sujeto era clasificado en primer lugar en uno de los

siete subgrupos en base a su respuesta a la pregunta «En general, ¿cuán cordial y abierto (minucioso) es Vd.?» A continuación, según su respuesta a la pregunta «¿Cuánto varía Vd. de una situación a otra en relación a lo cordial y abierto (minucioso) que es Vd.?», se designaba al individuo como sujeto de baja o alta variabilidad, respectivamente, dependiendo de si estaba por debajo o por encima de la mediana de los sujetos del mismo sexo situados en el mismo punto del continuo del rasgo. Así la baja y alta variabilidad fueron redefinidas en cada uno de los siete puntos de la escala global del rasgo con el fin de eliminar cualquier relación entre la variabilidad que un individuo se atribuye en el autoinforme, y la posición que se atribuye en el continuo del rasgo.

Para evaluar la consistencia transituacional de cada individuo en cada rasgo, convertimos cada una de las 13 variables en puntuaciones T con una media de 50 y una desviación típica de 10 para los 64 sujetos. A continuación, calculamos la desviación típica de cada sujeto en

las seis variables de cordialidad y en las siete de minuciosidad. Estas dos desviaciones típicas reflejan la variabilidad transituacional de los individuos en cordialidad y en minuciosidad respectivamente; cuanto mayor es la desviación típica, más varía el individuo de una situación a otra.

Cordialidad. Con respecto a la dimensión de cordialidad, nuestra hipótesis se confirmó. Los individuos que indicaron que no variaban mucho de una situación a otra mostraron de hecho una variabilidad significativamente menor entre situaciones que aquellos que dijeron que variaban más (6.42 versus 7.90; $t = 2.34$, $p < .02$, prueba de una cola). Es más, la cordialidad autoestimada de un individuo era independiente de su variabilidad transituacional; en concreto, los individuos del tercio inferior, medio y superior de la distribución en la escala de cordialidad autoestimada no se diferenciaron entre sí en su variabilidad transituacional, $F(2, 61) = 1.10$, ns.

TABLA I

Correlaciones entre las seis variables de cordialidad para los sujetos de baja y alta variabilidad.

Baja	Alta	Auto-informe	Informe de la madre	Informe del padre	Informe del compañero	Discusión de grupo	Cordialidad espontánea	Todas las variables
1. Autoinforme								
2. Informe de la madre	.61							
3. Informe del padre	.48	.75						
4. Informe de compañero	.62	.71	.50					
5. Discusión de grupo	.52	.34	.50	.45				
6. Cordialidad espontánea	.61	.46	.69	.39	.73			
Correlaciones medias	.57	.59	.60	.54	.52	.59	.57	.27
	.39	.30	.16	.37	.37	.01		

La Tabla 1 muestra cómo la consistencia transituacional diferencial de los individuos de baja y alta variabilidad se traduce en predictibilidad transituacional en términos de correlaciones. Las correlaciones entre las seis variables para los 32 sujetos de baja variabilidad se muestran por encima de las diagonales; las correlaciones de los 32 sujetos de alta variabilidad, por debajo de las diagonales. La fila inferior de la Tabla resume la matriz, mostrando la correlación media entre la variable expresada en cada columna y las cinco variables restantes para los dos grupos por separado.³

Como muestra la Tabla 1, 13 de las 15 correlaciones son mayores para los sujetos de baja variabilidad; seis de éstas son significativas ($p < .05$, prueba de una cola). La correlación media entre todas las variables es de $+ .57$ para el grupo de baja variabilidad y de $+ .27$ para el de alta variabilidad. Observemos que el efecto pronosticado es bastante general a través de diferentes pares de situaciones. Por ejemplo, el Informe de la Madre y el del Padre, dos medidas que podríamos suponer como muy similares y «contaminadas» una por otra, muestran una correlación

de $+ .75$ en el grupo de baja variabilidad y sólo de $+ .28$ en el de alta variabilidad ($p < .005$, prueba de una cola); de modo similar, la Discusión de Grupo y la Cordialidad Espontánea, dos observaciones conductuales metodológicamente independientes, muestran una correlación de $+ .73$ para el grupo de baja variabilidad, pero sólo de $+ .30$ para el de alta variabilidad ($p < .009$, prueba de una cola). No sólo se han confirmado nuestras expectativas, sino que parece haberse superado la mágica barrera de $+ .30$.

Debe observarse que la «variable moduladora» en este análisis, variable que divide a la población en grupos diferencialmente predictibles, es la respuesta del individuo a la pregunta «¿Cuánto varía Vd. de una situación a otra en relación a lo cordial y abierto que es Vd.?» Para ver si esta cuestión podría aumentar la utilidad de un cuestionario standard de personalidad, calculamos las correlaciones entre las seis variables de cordialidad y la escala de extraversión-introversión del Inventario de Personalidad de Eysenck (Eysenck y Eysenck, 1968), que habíamos aplicado a todos los sujetos en la sesión inicial.

TABLA II

Correlaciones entre la escala de extraversión-introversión de Eysenck y seis variables de cordialidad en función de la variabilidad autoestimada.

Extraversión versus:	Variabilidad autoestimada	
	Baja	Alta
Autoinforme77	.65
Informe de la madre54	.37
Informe del padre26	.24
Informe del compañero71	.41
Discusión de grupo34	.18
Cordialidad espontánea25	-.12
Correlación media ^{a)}51	.31
Correlación media (omitiendo el autoinforme) ^{b)} ..	.44	.22

a) $t = 3.96$, $p = .01$, prueba de una cola

b) $t = 3.22$, $P = 0.025$, prueba de una cola

Utilizando el mismo criterio para los grupos de baja y alta variabilidad, la Tabla 2 muestra las correlaciones para ambos grupos por separado. Vemos que la escala de extraversión-introversión del Inventario de Personalidad de Eysenck tiene una utilidad predictiva mayor para los sujetos que se estimaron como de baja variabilidad ($t = 3.96, p < .01$). El efecto continúa siendo significativo incluso cuando se elimina del análisis la variable de Autoinforme, metodológicamente similar ($t = 3.22, p < .025$).

Minuciosidad. Como vimos anteriormente, los ítems del autoinforme global utilizados para clasificar a nuestros sujetos permiten al individuo emplear su propia definición del rasgo para estimar aquellas conductas que encuentra pertinentes e ignorar todas las demás. Como señalamos, parece probable que se alcancen los resultados que predijimos sólomente si las definiciones del rasgo que hagan los sujetos coinciden con la nuestra propia. Para el rasgo de cordialidad se consiguió una similaridad aceptable en las definiciones. Por ejemplo, la correlación entre el informe global de cordialidad del individuo y su puntuación media en los ítems de cordialidad del CSBS fue de $+ .84$. Sin embargo, la misma correlación para el rasgo de minuciosidad fue significativamente menor, $r = .62$; Diferencia en $Z = 2.74, p < .006$, prueba de dos colas, lo cual implica que es más probable que el término «minuciosidad» haga referencia a diferentes clases de equivalencia de conductas para distintos individuos que el término «cordialidad». Como cabía esperar, pues, no pudimos replicar los resultados obtenidos en cordialidad para el rasgo de minuciosidad cuando empleamos los autoinformes globales de los sujetos como variables de clasificación.

De acuerdo con esto, volvimos a nuestra definición de minuciosidad como base para clasificar a los sujetos y designar a cada individuo de baja o alta va-

riabilidad en función de su varianza en la escala de minuciosidad del CSBS. En concreto, calculamos la varianza de cada individuo en los 23 ítems de minuciosidad y la dividimos por su varianza en los 86 ítems del cuestionario. Este índice de varianza no sólo corrige la tendencia del individuo a responder consistente o inconsistentemente a los ítems del CSBS independientemente de su contenido, sino que tiene una interpretación más conceptual. Refleja la medida en que un individuo «extrae» los ítems concretos de la escala del rasgo del total de ítems y los «agrupa» en una clase de equivalencia. Desde el punto de vista estadístico, esta varianza «ipsativa» es una razón de F invertida que representa la razón de dos varianzas, la cual toma el valor de cero cuando el individuo responde del mismo modo a todos los ítems que componen la escala del rasgo, y el valor de uno si el sujeto no «agrupa» los ítems de la escala.⁴

Primeramente se agrupaba a los sujetos por parejas en base a sus puntuaciones de minuciosidad en el CSBS; a continuación, se clasificaba a cada individuo en el grupo de baja o alta variabilidad respectivamente, dependiendo de si su varianza «ipsativa» era menor o mayor que la de su pareja. De nuevo, esto nos sirve para diferenciar entre la variabilidad del individuo y su posición en el continuo del rasgo. Como antes, la variabilidad transituacional del individuo se calcula a partir de su desviación típica en varias situaciones.

Utilizando este método de clasificación, los datos confirman nuestra hipótesis, obteniendo los mismos resultados que en la dimensión de cordialidad. Así, los sujetos de baja variabilidad fueron significativamente menos variables a través de distintas situaciones que los sujetos de alta variabilidad (7.46 versus $8.89, t = 2.80, p < .005$, prueba de una cola). Y nuevamente la posición de un individuo a lo largo del rasgo no se debe a su variabilidad transituacional; los individuos de los

distintos tercios de la distribución en la escala de minuciosidad del CSBS no difirieron unos de otros en su variabilidad transituacional, $F(2, 61) = 1, ns.$ ⁵

La Tabla 3 muestra, en términos correlacionales, la consistencia transituacional

diferencial de los individuos de baja y alta variabilidad. Como antes, las correlaciones de los 32 sujetos de baja variabilidad se encuentran por encima de las diagonales, y las de los 32 sujetos de alta variabilidad, bajo las mismas.

TABLA III
CORRELACIONES ENTRE LAS SIETE VARIABLES DE MINUCIOSIDAD PARA LOS SUJETOS DE BAJA Y ALTA VARIABILIDAD

Baja	Alta	Autoinforme	Informe de la madre	Informe del padre	Informe del compañero	Evaluación de las devoluc.	Lecturas de curso	Limpieza	Todas las variables
1. Autoinforme									
2. Informe de la madre	.47								
3. Informe del padre	.31	.83							
4. Informe del compañero	.44	.50	.38						
5. Evaluación de las devoluc.	.43	.60	.42	.49					
6. Lecturas de curso	.40	.20	.31	.61	.11				
7. Limpieza	.31	.13	.11	.23	.45	.01	.18		
Correlaciones medias	.40	.50	.43	.45	.33	.25	.12	.36	
Correlaciones medias (excluyendo «Limpieza»)	.41	.56	.49	.49	.40	.32	.19	.45	
	.11	.10	.22	.16	.06	.12		.09	

En la Tabla 3 se observa que 15 de las 21 correlaciones son más altas para los sujetos de baja variabilidad, siendo significativas 9 de las 15 ($p < .05$, prueba de una cola). Como revelan las filas resumen de la Tabla, solamente la variable Limpieza deja de confirmar nuestras hipótesis, dando cuenta de todas menos dos de las variaciones de la matriz. La fila inferior de la Tabla muestra las correlaciones medias obtenidas cuando se prescinde de esta variable.

Pero es precisamente la variable Limpieza la que ilustra el punto central de este artículo. Como revela un estudio de la matriz de correlaciones, somos solamente los investigadores quienes pensamos que la minuciosidad relativa a las actividades académicas (Evaluación de las Devoluciones y Lecturas del Curso) y la limpieza personal deben pertenecer a una misma clase de equivalencia común. Nuestros sujetos no son de la misma opinión. Los sujetos de baja variabilidad conciben ambas

variables como ortogonales ($-.01$ y $-.11$), en tanto que los sujetos de alta variabilidad aparentemente tienen tiempo para hacer sus tareas escolares o para mantener las cosas limpias y ordenadas, pero no para ambas cosas al mismo tiempo ($r = -.61$).

En este sentido, los juicios emitidos por los propios sujetos, por sus padres y por sus compañeros también son interesantes. Un repaso de las correlaciones de la matriz pone de manifiesto que los jueces de los sujetos de baja variabilidad parecen responder del mismo modo a ambos tipos de minuciosidad, con cierta tendencia a prestar mayor atención a la minuciosidad referente a las actividades académicas. En cambio, los jueces de los sujetos de alta variabilidad parecen ignorar la minuciosidad relacionada con las actividades académicas y responder principalmente a la limpieza personal, que está inversamente relacionada. Esto último es lo que hace que la variable Limpieza no cumpla

nuestra hipótesis de que los sujetos de baja variabilidad obtengan las mayores correlaciones.

La idea general es que necesitamos avanzar aún más hacia la evaluación idiográfica. En esta demostración hemos renunciando al supuesto de que todos los rasgos son relevantes para todas las personas, pero nos reservamos el derecho a determinar qué conductas y situaciones constituirán el rasgo. Cuando un investigador está dispuesto a prescindir de este grado de libertad, sus coeficientes de validez le compensarán con un incremento en su magnitud. Por ejemplo, en el presente estudio, podríamos haber pedido a los sujetos que evaluaran los distintos ítems del CSBS según su relevancia para diferentes rasgos. En este sentido, podríamos haber descubierto a priori a los individuos que no comparten nuestra concepción personal de que el sujeto minucioso realiza sus tareas escolares y cuida su limpieza personal.

LA UTILIDAD PREDICTIVA DE LOS RASGOS Y SITUACIONES

Hemos argumentado en este artículo que, en principio, no es posible hacer nada mejor que predecir a algunas personas en algunas ocasiones. Podría pensarse que nuestros argumentos implican que un investigador debe abandonar a los individuos altamente variables, dado que el rasgo que se esté investigando no tiene utilidad predictiva para ellos. Pero esto no siempre es cierto. Como argumentó Mischel (1968, 1973b) muy tentadoramente, variabilidad no es sinónimo de volubilidad ni de impredecibilidad. El hecho es que la variabilidad transituacional de un individuo puede muy bien indicar una refinada «facilidad para discriminar» (Mischel, 1973b), la habilidad para responder adecuadamente a cambios sutiles en la situación. Aunque

tales individuos no pueden predecirse a partir de un conocimiento de su posición en un rasgo de personalidad, quizá son los que mejor se pueden predecir a partir de un conocimiento de la situación. Resumiendo, si se puede predecir a algunas personas en determinadas ocasiones a partir de rasgos de personalidad, se podrá predecir a algunas personas en ciertas ocasiones a partir de variables situacionales.

Este punto queda muy bien ilustrado en un reciente trabajo de S. Bem (1974, en prensa) sobre roles sexuales. Mientras que la investigación previa en este área se ha ocupado de los tipos sexuales masculino y femenino o, en ocasiones, de los invertidos sexuales, hombres afeminados y mujeres masculinas, S. Bem elaboró un cues-

cionario de roles sexuales que permite también identificar a los individuos «andróginos», sujetos que se atribuyen a sí mismos tanto características masculinas como femeninas aproximadamente en la misma proporción, sin tener en cuenta las connotaciones de su rol sexual. Así, en relación con cualquiera de los dos términos, masculinidad o feminidad, los individuos andróginos son los sujetos de «alta variabilidad»; ninguno de los dos rasgos tiene utilidad predictiva para ellos. Según la hipótesis, Bem encuentra que las conductas de los individuos andróginos de ambos sexos varían transituacionalmente de modo que son capaces de «hacer bien» tareas y conductas tanto masculinas como femeninas, en tanto que los individuos sexualmente definidos fracasan en aquellas situaciones que requieren conductas incongruentes con sus roles sexuales auto-definidos. Por ejemplo, en un experimento de conformidad de Asch, los sujetos andróginos fueron los únicos que mostraron tanto la independencia «masculina» como el proteccionismo «femenino» cuando se les dio la oportunidad de jugar con un gatito (S. Bem, en prensa). En resumen, existen ocasiones en que es posible predecir a algunas personas de alta variabilidad en algunos momentos.

A partir de esta discusión debe quedar claro que la postura que hemos mantenido en este artículo no puede considerarse como opuesta al debate entre quienes creen que la conducta es consistente a través de las situaciones y aquellos que piensan que la conducta es específica en cada situación. El paso hacia los supuestos idiográficos acerca de la naturaleza de las diferencias individuales elimina esta falsa dicotomía y permite creer en ambas posturas. Como señalamos anteriormente, la división real en relación con la consistencia e inconsistencia se encuentra entre los criterios nomotéticos e idiográficos.

Asimismo debe quedar claro que no estamos defendiendo una postura «anti-

Mischel». Tanto Mischel como nosotros estamos de acuerdo en que los supuestos nomotéticos del enfoque tradicional garantizan un techo de +.30 en los coeficientes de validez y, a partir de aquí, que las teorías del rasgo, basadas en tales supuestos, continuarán sin superar la prueba de la utilidad predictiva. Mischel y nosotros estamos de acuerdo en que solamente un enfoque idiográfico puede superar esta barrera predictiva. También estamos de acuerdo en que una clasificación de las situaciones debe ser parte integral de cualquier procedimiento de evaluación; más aún, pensamos que tal clasificación debe hacerse en términos de la propia fenomenología del individuo, no de la del investigador (Mischel, 1973b), sugerencia destinada a aumentar aún más la sensación de «dèjà vu» de los psicólogos de la época de Kurt Lewin (1935). Es cierto que Mischel y nosotros hemos elegido lenguajes conceptuales distintos a través de los cuales expresar estas ideas y, como consecuencia de ello, surgirán probablemente futuras divergencias; pero ambas formulaciones son mucho más semejantes en sus supuestos básicos de lo que podría sugerir su apariencia formal.

El fracaso de los procedimientos de evaluación tradicionales y la creencia de que la interacción persona-situación explicará la mayor parte de la varianza de interés psicológico de la conducta han movido a varios escritores recientes a enfatizar el hecho de que la evaluación de la personalidad debe comenzar a prestar seria atención a las situaciones. Estamos de acuerdo. Pero nosotros hemos preferido hacer hincapié en la idea perfectamente simétrica, pero quizá más sutil, de que la evaluación de la personalidad también debe comenzar a prestar seria atención a las personas.

• *Las separatas pueden pedirse a Daryl J. Bem, Departamento de Psicología, Universidad de Stanford, Stanford, California 94305.*

Referencias

- ALKER, H. A. Is personality situationally specific or intrapsychically consistent? *Journal of Personality*, 1972, 40, 1-16.
- ALLPORT, G. W. *Personality: A psychological interpretation*. Nueva York: Holt, 1937.
- ALLPORT, G. W. Traits revisited. *American Psychologist*, 1966, 21, 1-10.
- ALLPORT, G. W. & ODBERT, H. S. Trait-names: A psycholexical study. *Psychological Monographs*, 1937, 47 (1, Whole N.º 211).
- ARGYLE, M. y LITTLE, B. R. Do personality traits apply to social behavior? *Journal for the Theory of Social Behavior*, 1972, 2, 1-35.
- AVERILL, J. R. The dis-position of psychological dispositions. *Journal of Experimental Research in Personality*, 1973, 6, 275-282.
- BALDWIN, A. L. The study of individual personality by means of the intraindividual correlation. *Journal of Personality*, 1946, 14, 151-168.
- BEM, D. J. Constructing cross-situational consistencies in behavior: Some thoughts on Alker's critique of Mischel. *Journal of Personality*, 1972, 40, 17-26.
- BEM, S. L. The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 1974, 42, 155-162.
- BEM, S. L. Sex-role adaptability: One consequence of psychological androgyny. *Journal of Personality and Social Psychology*, en prensa.
- BERDIE, R. F. Intra-individual variability and predictability. *Educational and Psychological Measurement*, 1961, 21, 663-676.
- BOWERS, K. S. Situationism in Psychology: An analysis and a critique. *Psychological Review*, 1973, 80, 307-336.
- CAMPUS, N. Transsituational consistency as a dimension of personality. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1974, 29, 593-600.
- CHAPMAN, L. J., y CHAPMAN, J. P. Illusory correlations as an obstacle to the use of valid psychodiagnostic signs. *Journal of Abnormal Psychology*, 1969, 74, 271-280.
- DUDYCHA, G. J. An objective study of punctuality in relation to personality and achievement. *Archives of Psychology*, 1936, 204, 1-319.
- ENDLER, N. S. The case for person-situation interactions. Artículo presentado en la Revisión de American Psychological Association, Montreal, August, 1973 (a).
- ENDLER, N. S. The person versus the situation - A pseudo issue? A response to Alker. *Journal of Personality*, 1973, 41, 287-303 (b).
- ENDLER, N. S. y HUNT, J. McV. S-R inventories of hostility and comparisons of the proportions of variance from persons, responses and situations for hostility and anxiousness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1968, 9, 309-315.
- EYSENCK, H. J. y EYSENCK, S. B. G. *Manual for the Eysenck Personality Inventory*. San Diego: Educational and Industrial Testing Service, 1968.
- FISKE, D. W. y RICE, L. Intra-individual response variability. *Psychological Bulletin*, 1955, 52, 217-250.
- HARRÉ, R. y SECORD, P. F. *The explanation of social behavior*. Oxford: Basil, Blackwell, & Mott, 1972.
- HARTSHORNE, H. y MAY, M. A. *Studies in the nature of character. Vol. 1. Studies in deceit*. Nueva York: Macmillan, 1928.
- HARTSHORNE, H. y MAY, M. A. *Studies in the nature of character. Vol. 2. Studies in service and self-control*. Nueva York: Macmillan, 1929.
- HARTSHORNE, H., MAY, M. A. y SHUTTLEWORTH, F. K. *Studies in the nature of character. Vol. 3. Studies in the organization of character*. Nueva York: Macmillan, 1930.
- JONES, E. E. y DAVIS, K. E. From acts to dispositions: The attribution process in person perception. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology. Vol. 2*. Nueva York: Academic Press, 1965.
- JONES, E. E. y GOETHALS, G. R. *Order effects in impression formation: Attribution context and the nature of the entity*. Nueva York: General Learning Press, 1971.
- JONES, E. E. y HARRIS, V. A. The attribution of attitudes. *Journal of Experimental Social Psychology*, 1967, 3, 1-24.
- JONES, E. E. y NISBETT, R. E. *The actor and observer: Divergent perceptions of the causes of behavior*. Nueva York: General Learning Press, 1971.
- KELLEY, H. H. Attribution theory in social psychology. En D. Levine (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation*, 1967. Lincoln: University of Nebraska Press, 1967.
- KELLEY, H. H. y STAHLSKI, A., J. Social interaction basis of «cooperators» and «competitors» beliefs about others. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1970, 16, 66-91.
- KELLY, G. A. *The psychology of personal constructs*. Nueva York: Norton, 1955, 2 vols.
- LEHMANN, H. C. y WITTY, P. A. Faculty psychology and personality traits. *American Journal of Psychology*, 1934, 44, 490.
- LEWIN, K. *A dynamic theory of personality*. Nueva York: McGraw-Hill, 1935.
- MCCLELLAND, D. C. *Personality*. Nueva York: William Sloane Associates, 1951.
- MISCHEL, W. *Personality and assessment*. Nueva York: Wiley, 1968.

- MISCHEL, W. Continuity and change in personality. *American Psychologist*, 1969, 24, 1012-1018.
- MISCHEL, W. On the empirical dilemmas of psychodynamic approaches: Issues and alternatives. *Journal of Abnormal Psychology*, 1973, 82, 335-344.(a).
- MISCHEL, W. Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality. *Psychological Review*, 1973, 80, 252-283. (b).
- MOOS, R. H. Sources of variance in responses to questionnaires and in behavior. *Journal of Abnormal Psychology*, 1969, 74, 405-412.
- NEWCOMB, T. M. *Consistency of certain extrovert-introvert behavior patterns in 51 problem boys*. Nueva York: Columbia University, Teachers College, Bureau of Publications, 1929.
- PASSINI, F. T. y NORMAN, W. T. A universal conception of personality structure? *Journal of Personality and Social Psychology*, 1966, 4, 44-49.
- PETERSON, D. R. *The clinical study of social behavior*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1968.
- SANDFORD, N. *Issues in personality theory*. San Francisco: Jossey Bass, 1970.
- SCHNEIDER, D. J. Implicit personality theory: A review. *Psychological Bulletin*, 1973, 79, 294-309.
- SCOTT, W. A. Attitude measurement. En G. Lindzey & E. Aronson (Eds.), *The handbook of social psychology*. Vol. 2. Menlo Park, Calif.: Addison-Wesley, 1968.
- STAGNER, R. *Psychology of Personality*. Nueva York: McGraw-Hill, 1937.
- STAGNER, R. Traits are relevant - logical and empirical analysis. Artículo presentado en la reunión de la American Psychological Association, Montreal, August, 1973.
- STOUFFER, S. A., GUTTMAN, L., SUCHMAN, E. A., LAZARSELD, P. F., STAR, S. A. y CLAUSEN, J. A. *Studies in social psychology in World War II. Vol. 4. Measurement and prediction*. Princeton: Princeton University Press, 1950.
- VALE, J. R. y VALE, G. R. Individual difference and general laws in psychology: A reconciliation. *American Psychologist*, 1969, 24, 1093-1108.
- VERNON, P. E. *Personality assessment: A critical survey*. Nueva York: Wiley, 1964.
- WACHTEL, P. Psychodynamics, behavior therapy, and the implacable experimenter: An inquiry into the consistency of personality. *Journal of Abnormal Psychology*, 1973, 82, 324-334.
- WALLACH, M. A. y LEGGETT, M. I. Testing the hypothesis that a person will be consistent: Stylistic consistency versus situational specificity in size of children's drawing. *Journal of Personality*, 1972, 40,309-330.

Notas

¹ Estamos en deuda con nuestro colega de Standord, Lee Ross, por atraer nuestra atención sobre este punto.

² Estamos agradecidos a muchas personas por su ayuda en la realización de este estudio, en particular a Fred Bart Astor, que actuó como supervisor general y ayudante de investigación, y a Margaret Bond, que transformó meras observaciones en datos con sentido. Por sus diversas colaboraciones como observadores entrenados, compinches experimentales y ayudantes de investigación en general, quedamos muy agradecidos a John Backes, Margaret Bond, Kathleen Chiappori, Tom Deremigio, Gowen Roper, Jeremy Rosenblum y Ann Scholey. En especial, queremos mostrar un gran agradecimiento a nuestros sujetos, que fueron auténticos compañeros en esta investigación. Como agradecimiento a su cooperación, procuramos mantenerles informados sobre el procedimiento y sus fundamentos tanto como el diseño lo permitía.

³ Todos los cálculos y análisis que incluyen coeficientes de correlación se han calculado también en puntuaciones típicas.

⁴ En 1961, Berdie utilizó una medida de varianza intraindividual como variable moduladora para predecir la aptitud matemática. (Ver también Campus, 1974, y Fiske y Rice, 1955).

⁵ Creemos que, como la minuciosidad, muchos rasgos no alcanzarían el grado de acuerdo en la definición entre sujeto e investigador que mostraba el rasgo de cordialidad. Por ello creemos que el índice de varianza «ipsativa», más que la mera autoevaluación de la variabilidad, es el candidato más indicado a variable moduladora en futuros trabajos. En más, el índice de varianza «ipsativa» se puede calcular para cualquier conjunto de ítems de cualquier cuestionario que elija el investigador, incluso cuando el hombre de la calle no posea un término para designar la clase de equivalencia potencial así definida.